

## *El Pino, especie que simboliza la canariedad*

Y en lo más alto, rozando el techo de las nubes cuando a la tierra se acercan, están los árboles más imponentes por reciedumbre y fortaleza, por valor y simbología: los pinos canarios.

Descrito como una especie arbórea, normalmente, no parece ser nada extraordinario. Se dice que viven cientos de años, que su interior se atea, son resistentes al fuego, que ocupan el último escalón botánico de la arboleda y otros datos similares.

Pero viendo el pinar, sintiéndolo y observándolo, nos hace pensar que en estas descripciones falta añadir aspectos menos científicos y más históricos: su adaptación, su primera acción convertida luego en principal misión y esa adaptación que lo convierte, según se contemple, en una especie de símbolo de la canariedad.

Hay que ponerse frente a un pasado inhabitado, después del surgimiento de las islas, chorreando lava, humeante los cráteres y masas lávicas, para entender algo más a una especie arbórea que existía en el sur de Europa y que arribó, fuera en ramas, troncos o semillas —pues la cuestión técnica es también otro atractivo en el estudio del pinar— de manera que creció y se adaptó a unos terrenos en los que, como principio, no había tierra o no abundaba la tierra.

Hoy, la historia reflejada queda en las raíces al aire, en ese “puvon” de la raíz principal incrustado en los riscos, partiendo la piedra, abriendo el acantilado, haciendo su espacio más habitable para él y para otras especies que le acompañan.

El pino canario no es solo la especie que más altura alcanza, en sí y en el escalón botánico, no solo puede rebrotar de cepa y soportar fuegos y sequías, sino que es el primer árbol que hizo tierra, como luego la laurisilva haría agua, ordeñaría las nubes del alisio para convertir la humedad en rocío, en agua de manantial y escorrentías permanentes como el Pino Canario rompió la piedra para hacer asequible la vida de los nuevos brotes y de otras plantas.

Como el hombre, se recreó en la tierra y se adaptó, sin dañarla. Encontes, aquel hombre... Pero hoy sigue igual con su misión el pino, compañero y compañía de otras especies pese al decir o leyenda de compartir poco el espacio que ocupa. Las jaras, jarones o jaguarzos, el mismo escobón, los tajinastes, berules, las olorosas lavándulas y no menos del poleo conviven formando un ecosis-



*Ni el fuego ni los corrimientos pueden con el Pino Canario, un serio exponente de la canariedad. Refugio de los Pinares, Gran Canaria, venturosamente salvado y protegido.*

tema muy peculiar, al que anima una serie de especies animales propias de esta flora de altura: principiando por el Pinzón Azul de Gran Canaria y el Pinzón Azul de Tenerife —indebidamente llamado del Teide porque allí solo llega a sus estribaciones donde el pinar existe— el Peto o Carpintero, diríamos las dos especies particulares junto a los Herrillos, higiénicos y juguetones adictos al baño continuo, los Mosquiteros, Horneras, el Canario que también ha encontrado su seguro refugio en estas zonas; en Gran Canaria, la Perdiz Roja de la Aldea, más otras especies como la paloma, tórtola, cuervo y el ave más versátil, el habitante de todos los espacios, el Caminero o “chirringo”. Semillas diversas, plantas como la misma vinagreira, la piña, etc., alimentan a esta biomasa que distingue nuestros pinares.

A todo ello, el Pino Canario añade un aspecto en el que, conocida sus vivencias, deseamos la observación se amplíe y el pensamiento profundice. Símbolo de la canariedad, sí, porque como hemos comprobado más de una vez, aún los más fuertes, viejos y gruesos,

hasta no estar a su lado, hasta no medirlos, no se cree o capta su valor, su importancia. Lo mismo hemos compartido en el de Pilacones —en ese futuro Parque Nacional a crear en San Bartolomé de Tirajana— que en el de Vilaflor. La medición se hace obligatoria para quienes “no ven” su anchura, su proyección. Como la persona importante, sea artista, artesano, simple labrador, marinero... No lo propala. Lo demuestra con solo “medirsele” o saberle entender. Y más, por sus obras: aquí, un árbol que ha hecho tierra, que consume menos agua que las que sus puntiagudas hojas pinchan también a las algodinosas nubes y oscuras neblinas —su única enemiga, la humedad, la fría ventolera norteña que afecta a su ramaje menos cargado en esa vertiente también, a veces— y que, al final, ni el fuego puede con él ni los derrumbamientos hacen más que doblarlos, sin partarlos. Hablar, sí, de pinos, creemos, es de alguna forma aludir a la canariedad.

De todas formas lo es, y así se conoce, “Pinos canariensis”...